

Àngel Castiñeira y Josep M. Lozano

Que se reinventen ellos

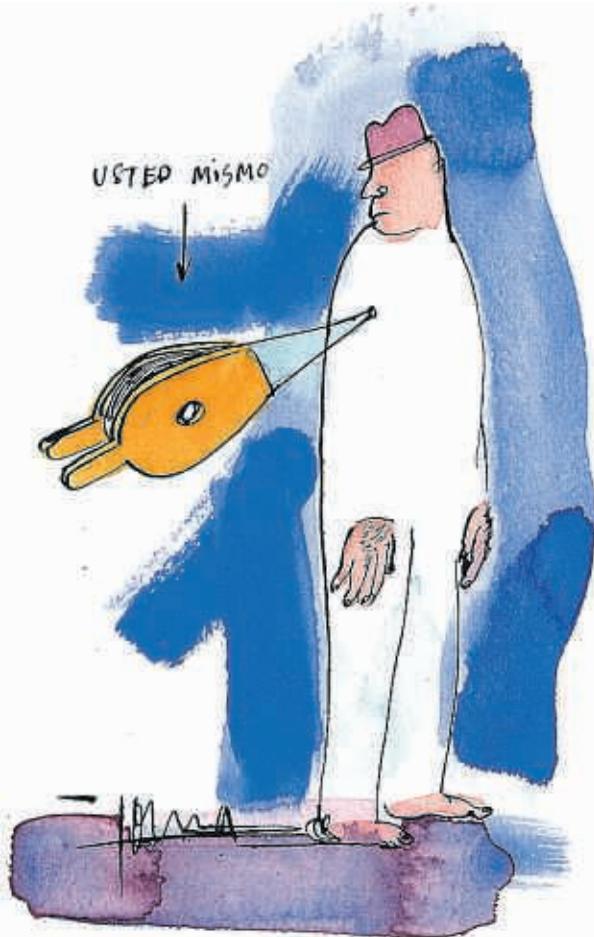
Como no podemos cambiar la realidad, cambiemos el lenguaje. Esta parece ser la consigna. Nos incomoda, a veces nos irrita y en algún caso nos indigna la multiplicación de apelaciones a la necesidad del espíritu emprendedor que han tomado carta de naturaleza entre nosotros. Debemos reinventarnos, nos aconsejan a menudo. Tal persona u organización se han reinventado con éxito, se dice mientras se nos exhorta a admirar tal capacidad. La reinención y la emprendeduría han sustituido a la ejemplaridad. Por si acaso, cuando nos encontramos ante cualquier predicador de dicha buena nueva, lo primero que hacemos es mirarle a la cara e indagar sobre su trayectoria. Suele ser muy saludable. Con perdón de Unamuno: a menudo la única conclusión lógica es que a quien le convendría reinventarse es al predicador.

Y conste que esta ola emprendedora y reinventadora tiene su razón de ser. Sin capacidad de iniciativa, esfuerzo y creatividad lo tenemos crudo. Con la que está cayendo no deja de ser recomendable empezar cualquier diatriba crítica mirándose al espejo. Hacerse adulto pasa por asumir que la responsabilidad exige que la primera reacción no puede ser buscar a quien tiene que solucionar la vida. Pero esto no se resuelve con el implícito de que la partida se juega sólo en la genialidad individual. Incluso para emprender y reinventarse se necesitan formación, estímulos, entornos institucionales y una cultura que dé sentido y valoración a estas actitudes. Pero no. Siempre se habla de “el” emprendedor (o “los” emprendedores, pero sólo de manera agregada o descontextualizada). Y siempre se escamotea la cuestión de si al final puede haber emprendedores si solo decimos que queremos tener más emprendedores, y es de lo único de lo que hablamos. Forman parte de la solución, pero lo que parece equivocado es que la solución solo sea esta.

Cuando al iniciar este comentario hemos hablado de irritación e indignación es porque nos parece que ciertos elogios del emprendedor y de la reinención no son en absoluto inocentes. Y menos aún en boca de según quien. Responden a una ten-

À. CASTIÑEIRA y J. M. LOZANO, profesores de Etsade (URL)

dencia ideológica que pretende convertir los problemas sociales en problemas personales, o en déficits de capacidades. Tenemos la sensación de que se está imponiendo lentamente una nueva definición de parado: dicese de alguien que no tiene espíritu emprendedor. Aunque sea políticamente incorrecto, creemos que el mito de que sólo saldremos adelante con innovadores emprendedores y creativos olvida que pa-



JOMA

ra que un país funcione también se necesita gente normal. Que no es lo mismo que mediocre. Pero los apologetas de los emprendedores deberían modular sus deseos, al menos a partir de la constatación empírica de que no hay garajes para todos. El mito del innovador que (se) reinventa a veces no es más que el último avatar del mito romántico del genio, pasado por el tamiz de la tecnología y las escuelas de negocios.

Más bien parece que cierta retórica forma parte de una operación ideológica para convertir las desigualdades sociales en culpas personales. Si me va mal debe ser porque algo he hecho mal, y porque no tengo

las cualidades necesarias. Ni el espíritu o la actitud conveniente. A la dualidad social se le superpone una dualidad de legitimidad: el problema es de quien no encaja en el mito; de quien no está en el lado correcto de la historia. Estar en el lado correcto de la historia: antes era una afirmación/acusación política, hoy lo es tecnocrónica. Pedimos disculpas por la comparación: hay discursos políticos y sociales que recuerdan las pasarelas de la moda. Porque venden como ideal de belleza y elegancia un tipo humano que sólo es asequible para un número limitado de personas. A veces nos tememos que el ideal subyacente en más de un discurso es el de una sociedad de autónomos.

Pero una cosa es reformular la cultura del trabajo heredada y otra muy distinta la ideología que todo lo resuelve con la figura del emprendedor, que excluye o subestima otras opciones: empleado, funcionario, payés, artista... Opciones todas ellas a las que también se puede y se debe aplicar la exigencia de responsabilidad, dedicación, esfuerzo, calidad, compromiso, innovación... Sin olvidar además que, de la misma manera que se dice -con razón- que no puedes ser emprendedor sin tener una pasión, hay gente cuya pasión no se concentra en lo empresarial. En cualquier caso, el elogio del emprendedor está llevando al desuso -o situando en segundo término- otras palabras: profesional por ejemplo. Un profesional es cada vez más alguien que está al servicio de una empresa o de un emprendedor, no alguien cuya actuación remite a los parámetros y los valores de la profesión. Y no digamos ya *vocación*, prácticamente desaparecida del mapa, cuando no se considera ya directamente un obstáculo.

Lo anterior no quiere ser un ejercicio de nostalgia sino recordar que no existe lenguaje inocente. El sueño de una sociedad de autónomos no debe sustituir el ideal de una sociedad en la que las personas puedan desarrollar su autonomía en tanto que personas. Y es que, por supuesto, el mito del emprendedor encubre un implícito: el emprendedor del que hablamos y de quien se habla siempre es un emprendedor... de éxito. Y a lo mejor lo que de verdad está en juego es la pretensión de que el éxito sustituya a la justicia o al bien común como horizonte de la vida en sociedad.●

DEBATE. Cultura popular

Ricard Zapata-Barrero

Ciudadanía democrática

Dentro de las diferentes funciones de las políticas culturales querría centrarme en la social y la de identidad, como generadora de cohesión y de una cultura pública común. En Catalunya necesitamos promover esta doble dimensión, especialmente en esta época de crisis y de la consolidación de una sociedad diversa. Considero que un debate en torno a la ciudadanía democrática cultural es necesario. Me refiero a la doble idea de que a través de la cultura se expresa también la ciudadanía, y a que el hecho de que el ciudadano pueda tener acceso y producir cultura es un bien público tan importante como los bienes materiales. El argumento inicial es que igual que las instituciones públicas protegen los derechos civiles, políticos y sociales, la dimensión cultural de la persona ha quedado muchas veces relegada a un segundo nivel, cuando es un derecho tanto básico como los otros. La ciudadanía cultural implica dos principios básicos: 1. ciudadano creativo: supone una apropiación por parte de las personas de los recursos adecuados por la creación, la producción, la difusión y el consumo propio cultural. Pasamos del ciudadano-consumidor-de-cultura, al ciudadano valorado por su capacidad creativa, y

La cultura tiene una función social e identitaria desatendida en nuestro país

2. ciudadano participativo: las instituciones potencian la participación de forma directa o a través de mediadores específicos culturales o bien de la red de la sociedad civil ya existente.

Este enfoque implica un giro sustancial en la forma que hasta ahora se está enfocando la cultura. Ya no es el gobierno quien ofrece y distribuye cultura para ser consumida, sino que promueve capacidades creativas y participativas, y acerca las instituciones culturales del gobierno al ciudadano dándole voz o bien directamente o a través de intermediarios de la sociedad civil. Este giro tiene varias implicaciones: a) se potencia las relaciones interpersonales basada en una cultura producida y distribuida por los ciudadanos, y b) se potencia un espacio público donde la comunidad de ciudadanos establece sus vínculos y relaciones, abierto y promotor constante de la dimensión creativa y participativa de los ciudadanos. Este giro democrático sólo es posible si se quiere promover estratégicamente el cambio de una concepción elitista de la cultura, donde la industria cultural está separada del ciudadano, a una concepción participativa, que estimula la producción constante de alternativas culturales, abriendo espacios públicos a la ciudad, hasta el punto que no haya cabeza sin cultura. La cultura tiene una función social e identitaria desatendida en nuestro país. Hay que revitalizar culturalmente a la ciudadanía. Este enfoque cultural se puede convertir en impulsor democrático, en un momento de pérdida de confianza del ciudadano en la política y la sociedad.●

R. ZAPATA-BARRERO, profesor de Ciencia Política, Universitat Pompeu Fabra

Eulàlia Solé

Darwin y el mal humano

Charles Darwin publicó *El origen del hombre* doce años después de la aparición de *El origen de las especies* (1859). Este lapso no sólo le sirvió para profundizar en sus estudios sino para que se fueran aplacando, relativamente, las imprecaciones de que era objeto por su teoría sobre la evolución. En este segundo libro, Darwin ya puede citar a numerosos científicos que avalan sus descubrimientos a través de las investigaciones que ellos mismos llevan a cabo. Más tarde, en su *Autobiografía* escribe Darwin que con el nuevo libro quería arrojar “luz sobre el origen del hombre y su historia”. Lo hace por medio de 21 capítulos, en los cuales el naturalista y teólogo se adentra en el desarrollo del ser humano.

E. SOLÉ, socióloga y escritora

Entre las facetas humanas que más le interesan y preocupan se encuentra el mal como producto del hombre. Sus exploraciones le permiten afirmar que las virtudes que los hombres primitivos han de practicar en su comunidad son las más importantes, pero que sin embargo sus opuestas no se consideran crímenes en relación a otras tribus. Así, en un estado primitivo de civilización, el robo a los extranjeros se consideraba honorable, y la esclavitud, ese “gran crimen”, no se tuvo como tal hasta tiempos recientes, porque los esclavos pertenecían en general a un pueblo diferente del de sus amos. Y asienta Darwin que “las principales causas de la baja moralidad de los salvajes son la limitación de la simpatía a la misma tribu y una capacidad de raciocinio insuficiente para reconocer la importancia de muchas virtudes”. Estre-

chez en el aprecio y poca inteligencia eran las características de las tribus salvajes que conducían al crimen contra los demás. Esclavitud y robos de todo tipo; y guerras. Como ahora, en naciones civilizadas a años luz de las tribus primitivas. Darwin pensaba que la evolución del hombre llevaría a “tomar como norma de moralidad el bien general”. Que la razón haría que cada individuo extendiera sus simpatías “a los hombres de todas las naciones y razas”. Y decía, más allá, que la simpatía hacia los animales inferiores “es una de las últimas adquisiciones morales”. Que Darwin creyera que el afecto se expandiría a “todos los seres vivos” no le convertía en un iluso.

Lo único que ocurre es que el hombre, pese a la jactancia de avances en algún sentido, está muy atrasado en la evolución.●